

Prácticas del malestar y recuperación de la duración. Acerca de la “cicletada del primer martes de cada mes”

Por Mauricio Barría Jara *

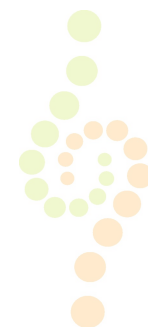
Emergencias disonantes del acontecimiento

Es ya habitual afirmar que la irrupción de los movimientos ciudadanos acaecidos en los últimos años marcan un antes y un después en la historia de nuestra tan ordenada y somnolienta transición, pues pusieron de manifiesto, no sólo, que la llamada “política de los acuerdos” no estaba tan ampliamente consensuada ni tenía el respaldo del conjunto del cuerpo social; permitieron además poner nuevamente en el centro de la vida ciudadana la cuestión del desacuerdo como lo fundamental de la actividad política. Pero, por sobre todo, estos movimientos han funcionado como genuinos líquidos de contraste que han hecho notorio el tremendo malestar sobre el que se estaba levantando nuestra vida social, en el que el modelo de la democracia representativa aparecía agotado en la misma medida que despertaba, como un magma incandescente, la rabia como motor de la acción. Algo comenzó a oler a hambre, a una fuerza ciega dispuesta a devorar todo para saciar algo que no sabe si podrá calmar. En efecto, no debe llamarnos la atención que gran parte de estas nuevas formas de disidencia política se constituyan, casi exclusivamente, como prácticas accionales efímeras, que no pretenden ser más que manifestaciones sintomáticas; ni que decir que pretendan ser dispositivos discursivos argumentales como fue la tónica de lo político en décadas anteriores. Experimentamos, entonces, una suerte de emergencia de lo performativo, en la que la acción mucha veces se torna fin en sí misma.

Sin embargo, esta condición ultraperformativa no es exclusiva de estos movimientos. A todo nivel de nuestra cultura, la experiencia se disuelve en lo eventual, en la permanente actualización de la información, que no decanta en experiencia propiamente (Benjamin, 2008). La irrupción, a veces imperio, de la facticidad gobierna sobre los medios de comunicación, sobre nuestra vida cotidiana, sobre nuestras relaciones sociales, sobre nuestros sueños de transformación política. Un extraño y extremo sentimiento de finitud del tiempo, que se traduce en un *hay que hacer ahora, porque ya es tarde*, se ha apoderado de nuestra vida, la que exige ser vivida *ahora*. No obstante, lo que en el capitalismo clásico se vivenció como expropiación del tiempo a causa de no ser dueños de nuestro propio tiempo productivo (lo que los antiguos llamaron ocio) de lo excesivo de la jornada laboral, hoy en el fantasmagórico capitalismo tecnológico se vivencia como una pérdida de la duración (a causa de eso que Paul Virilio (2006) llamará el imperio de la velocidad). Entonces, un sentimiento de pérdida de la duración, antes que del tiempo, que parece ser recuperable sólo como acontecimientos. La vida se torna en un acontecimiento, esto es el fin de la experiencia.

En un notable texto Lyotard (1998) nos advierte lo paradójico de esta demanda por el “ahora”. A propósito de la obra del pintor Barnett Newman y el asunto en torno al que gira: *lo sublime es ahora*. Para Lyotard la temporalidad que exige el “ahora” a secas, al igual que lo sublime, desborda los límites de la conciencia en cuanto sería aquello que la conciencia no logra pensar e incluso es lo que olvida para constituirse a sí misma. Eso, el ahora, “lo que no llegamos a pensar es que algo sucede. O más bien

* Departamento de Teatro, Universidad de Chile. E-mail de contacto: mbarriajara@hotmail.com



simplemente: que sucede (...)” (Lyotard, 1998: 96). Pero no se trata de una cuestión de sentido. No se trata de saber *qué* es lo que sucede, antes es preciso que *suceda*, y eso Lyotard lo denominará un acontecimiento: “[p]uesto que el hecho de ‘que suceda’ es la cuestión en cuanto acontecimiento, y ‘a continuación’ se refiere al acontecimiento que acaba de suceder” (Lyotard, 1998: 96).

El acontecimiento es entonces una expectativa, la de que *algo* suceda o simplemente “suceda”, pero también la posibilidad de que “no suceda nada” y es esa eventualidad la que se asocia a menudo a un sentimiento de angustia, la que manifiesta los sublimales del ahora de Newman (Lyotard, 1998: 97). Pero tanto uno como el otro se fundan sobre una expectativa, la primera sobre una esperanza, la segunda sobre un sentimiento de sublimidad, pues si lo sublime es lo inexpresable, lo inexpresable hoy es que ya no suceda nada: nada ahora.

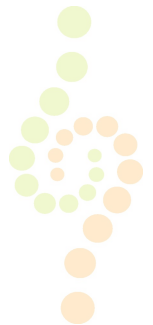
Pero qué pasa cuando hay un tal sentimiento que revoca toda expectativa, que trasiega la posibilidad en convicción, lo realmente estremecedor es la convicción que no suceda nada, que la historia haya llegado efectivamente a su agotamiento, en que lo impensable devenga simplemente banal, algo en que no vale la pena seguir insistiendo. El sentimiento de angustia ahora se sublima en un vivir sin demora, en la aceleración constante y ciega de un movimiento rectilíneo uniforme. *Porque hemos perdido el sentido de la duración de las cosas. Vivir ahora, vivir sin demora significa rescindir de toda expectativa.*

Si en otro tiempo esto fue experimentado como frigididad del deseo, una aniquilación de la potencia, hoy se ha convertido en el deseo sin objeto, el más puro y ciego que nos puede gobernar: el hambre, el deseo que consiste en aniquilar cualquier objeto. De ahí la urgencia de mantenernos en acción, a veces sin propósito, a veces, asumiendo cualquier cosa como un propósito, un modo desesperado de sostenerse en el presente, de aferrarse a la duración. Pero sucede como la pintura de Newman: el presente es aquello que siempre se retira, sólo es posible en la demora de qué algo suceda una vez más, como una posibilidad sublime; pero en la revocación de toda expectativa, el presente es aquello que simplemente se agota de forma irremediable. Estas nuevas configuraciones de lo político tienen algo de ese agotamiento del lenguaje y de la historia al que refiere Sergio Rojas cuando piensa que el arte contemporáneo ha llevado su lenguaje al *límite de sus posibilidades* (Rojas, 2012: 24) que no es solamente la fatiga del discurso. Lo que se ha perdido es sobre todo la capacidad de esperar: la expectativa de que algo suceda o no y eso es la máxima desorientación.

El activismo político actual de este modo encuentra un dispositivo supletorio en la ingente velocidad. Un modo de tener y sentir la duración. Ya a fines de los ‘80 Paul Virilio (2006) definía que las nuevas condiciones de lo político/del poder se juegan en la velocidad, en quién opera con mayor aceleración o quién logra el dominio del espacio a través de su contracción temporal; es lo que denominó con la noción de “dromocracia”. Pero hoy, estas condiciones del poder han devenido en cierto modo biopolíticas, pues hay algo más que afecta al cuerpo político; la velocidad es un poder paradójico, el de un desposeimiento. Se trata de vivir a toda velocidad para sentirnos en el presente eterno del tiempo, a condición de que la velocidad no atravesara nuestro cuerpo, lo eluda. El acontecimiento deviene así el punto inercial del movimiento devastador de un huracán: ahí justo al medio, pero a la vez en ninguna parte.

El huracán es también una metonimia del hambre.

La rabia también.



Una disposición del cuerpo a la destrucción total.

Prácticas del malestar

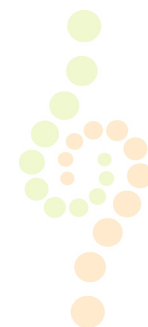
¿Qué posibilidad de resistencia nos queda entonces? En lo personal no tengo una idea precisa, pero tal vez, esta misma emergencia de lo performativo esconda una respuesta.

Desde la segunda mitad de la década anterior hemos sido testigos de toda una serie de movimientos ciudadanos que han tomado el espacio público como escenario para producir acciones de disidencia, de las más diversas índoles. Desde la pluralidad de movimientos sexuales que han adoptado el accionismo como su modo preferente de protesta: desfiles a lo *love parade*, marchas a favor del matrimonio igualitario, contra las formas de discriminación de género. El aparecer de nuevos grupos de activismo como la CUDS o la des-marginalización mediática de activistas que venían trabajando hace tiempo como “Hija de perra” o “El che de los gay”. Por otra parte, los movimientos ciudadanos en torno a demandas locales como lo que sucedió en Freirina o en Punta Arenas, la movilización de todos los jueves contra la construcción de la Central Hidroaysén el 2011, por citar las más emblemáticas. Movimientos que han asumido formas de acciones, que no conteniendo un fin claramente político en el sentido tradicional, aluden a una dimensión de aquello, como si de un síntoma se tratara. Es eso que se ha llamado el malestar de nuestra sociedad. Lo que podríamos llamar *prácticas del malestar*.

Para Diana Taylor las performance funcionan como actos vitales o acciones corporales que transmiten saber social, memoria, y sentido de identidad a través de acciones reiteradas. Lo singular de la performance se encuentra en que ella sucede como una práctica de in-corporación, es decir, prácticas que se internalizan en el propio cuerpo a través de procesos accionales, a diferencia de prácticas de inscripción cuya base estaría en la escritura (Taylor, 2012: 52-53) y ha sido el modo habitual de comprender la cultura en occidente.

Estas *prácticas del malestar* no cabría considerarlas simplemente como manifestaciones de un desagrado o de una disconformidad. Lo que se juega no es la expresión de un determinado contenido, no es un discurso aquello que habría que buscar en la performance, sino cómo el cuerpo realiza de hecho una práctica enunciativa; cómo en el cuerpo sucede lo político, cómo a través de prácticas el cuerpo se va constituyendo en eso que la acción pretende denunciar. Es posible que muchos de los participantes de estas acciones no comprendan en toda su magnitud lo que implica eso por lo que salen a la calle, pero esta forma de disidencia encarnada los produce de hecho sujetos políticos, los produce de hecho sujetos constituyentes. No sabemos si estas formas de lo performativo constituyen efectivamente nuevas configuraciones de lo político, eso quedará pendiente por esta vez, pero lo claro es que la emergencia de estos movimientos nos plantean interrogantes acerca de esta condición de malestar.

Una de las acciones que ha devenido una potente metáfora de este malestar es el *cicleteo*. Particularmente, en la ciudad de Santiago de Chile, el uso de la bicicleta se ha convertido de hecho en un discurso contra las lógicas urbanísticas imperantes. Santiago es una ciudad que paulatinamente va perdiendo su condición de ciudad a escala humana, producto de la ejecución de políticas de desarrollo urbano que privilegian el negocio inmobiliario y la especulación financiera del territorio. Esto ha llevado a la destrucción de barrios emblemáticos, a la pérdida irreparable de patrimonio arquitectónico y de

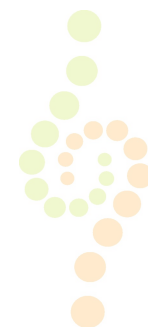


áreas verdes y a la densificación urbana so pretexto de solucionar los problemas habitacionales de una ciudad que crece sin medida. La ineficacia de los planes reguladores en el control de este crecimiento ha devenido en una política vial que se ha centrado en la inversión en supercarreteras intraurbanas que han roto con el paisaje y afectado parques y entornos naturales (un caso ejemplar es la Costanera norte que nos quitó a los habitantes de Santiago parte importante de la rivera del Mapocho). Lo anterior se justifica por la creciente tasa de automóviles que ingresan anualmente al país, colapsando las calles y generando altos índices de contaminación acústica y del aire. Bajo esa imagen es que la bicicleta y el cicleteo se han convertido en una suerte de contra discurso e incluso contracultura, de hecho. Los ciclistas agrupados en diversas asociaciones durante mucho tiempo han reclamado sobre la falta de infraestructura vial, la que hoy existe a través de una incipiente red de ciclovías que cruza solamente las comunas céntricas de Santiago.

En este contexto es que el año 1995¹ surge una agrupación denominada “Movimiento Furiosos Ciclistas” (MFC) quienes desde el año 2004 organizan una de las prácticas de resistencia ciudadana más notable y permanente en nuestra ciudad, la llamada “cicletada del primer martes de cada mes”. La acción busca legitimar y visibilizar el espacio cultural y el lugar del ciclista al interior de la urbe metropolitana.

La acción parte realizando una convocatoria todos los meses, reiterando el acuerdo tácito de hacer la marcha el primer martes de cada mes, a través de ésta se agenda y publica la fecha, la hora y el lugar de donde partirá. Aunque en los últimos años ha tendido a ser en Plaza Italia y a las 20:00 hrs., antes se convocaba en Plaza de Armas. Se genera un afiche que circula por la web, en el que además de la fecha se agrega información sobre los puntos de acercamiento, con hora y lugar establecido. Estos puntos de acercamiento son el real inicio de la marcha, pues los ciclistas se van reuniendo en ellos según la ubicación de su domicilio para llegar en caravana desde esa “periferia” hacia la Plaza Italia, centro de Santiago. En estos afiches también se dejan en claro los elementos de seguridad que deben portar los ciclistas y se advierte que por ninguna causa climática se suspenderá la cicletada. Ya en Plaza Italia, o más precisamente en la explanada frente a Plaza Italia, comienzan a situarse los ciclistas y sus bicicletas, esperando iniciar el recorrido a las 20.00 hrs, en punto. Este recorrido no es divulgado ni conocido por los participantes hasta minutos antes de comenzar la actividad, asunto que la Intendencia de Santiago ha exigido modificar en las últimas, pues genera un potencial mayor de caos. Para el correcto funcionamiento de la cicletada ésta ha evolucionado hacia una organización con algunos roles establecidos. Hoy en día existe el ciclista *guía* que es quien encabeza la cicletada y va revelando el trayecto a los demás. Detrás de él, están sus asistentes de guía y luego un lienzo del movimiento. Detrás del lienzo se encuentran los ciclistas participantes y por los costados otros asistentes guías para ordenar el flujo de bicicletas. Al final del grupo otros más junto con los asistentes mecánicos y seguridad. Resulta curioso que esta organización tenga también como participantes patrullas motorizadas de carabineros que son los que realmente van al comienzo de la cicletada abriendo el paso y cortando el tránsito para un mejor y más fluido desplazamiento, de modo de aminorar su repercusión en el espacio público.

¹ La agrupación se define como “El Movimiento Furiosos Ciclistas está conformado por una asamblea que forman grupos de trabajo, tu puedes participar acercándote a nuestras reuniones que se publican vía web, facebook y twitter. El trabajo es absolutamente voluntario y casi todas las actividades se financian con el propio bolsillo de cada encargado”. Para información remitirse a: <http://www.furiosos.cl/cicletada-primer-martes/2014-2/febrero-2014/>. Fecha de consulta, 14/11/2014.



La cicletada se da por iniciada cuando el guía por megáfono da el aviso de partida. Es interesante el hecho de que aunque existan participantes que no conozcan la organización, la misma forma de flujo los incorpora en la dinámica de la marcha sin problema. El recorrido por las calles del centro cívico de Santiago no se detiene, no responde a las leyes del tránsito. Como una horda compacta el grupo de ciclistas se desplaza interrumpiendo el desplazamiento habitual de los automovilistas que desprevénidamente o casualmente les toque enfrentar a la marcha. El recorrido termina cuando se vuelve al punto de partida: la Plaza Italia, y por megáfonos se agradece la participación de todos y los ciclistas se disuelven retornando cada cual a su hogar. Actualmente la acción reúne a unos 4.000 ciclistas.



Deriva, flujo y corte de tránsito

Cómo entender esta acción. Lo cierto es que el ciclista se encuentra en una ambigüedad interesante y peligrosa, en un umbral diríamos. Es en parte el nuevo *flâneur* de una urbe de super-carreteras, que logra recuperar a través de su recorrido una ciudad fuera de cualquier norma utilitaria, aquel que –como lo describe Baudelaire– “su pasión y su profesión le llevan a hacerse una sola carne con la multitud. Para el perfecto *flâneur*, para el observador apasionado, es una alegría inmensa establecer su morada en el corazón de la multitud, entre el flujo y reflujo del movimiento, en medio de lo fugitivo y lo infinito.” (Baudelaire, 1999: 358). Esta incondicionalidad contrasta, por otra parte, con el carácter de medio de transporte que tiene la bicicleta hoy, y por lo tanto de funcionalidad extrema. Sin duda, el primer uso de la bicicleta es instrumental; sea como medio para llegar al trabajo, sea como medio de entretenimiento, en ambos casos no se cumpliría con la condición del *flâneur* según Benjamin.

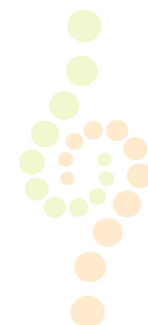


Pero si hay algo que llama la atención de esta “cicletada del primer martes de cada mes”, es que juega amplificando esta ambivalencia, pues discursivamente defiende la calidad de medio alternativo de la bicicleta, pero performativamente lo que sucede se parece mucho a una *deriva situacionista*. La deriva es una categoría propuesta por Guy Dabord para describir un tipo apropiación crítica y no objetualizada con la ciudad. Dabord la define de la siguiente manera:

(...) la deriva se presenta como una técnica de paso ininterrumpidos a través de ambientes diversos. El concepto de deriva está ligado indisolublemente al reconocimiento de efectos de naturaleza psicogeográfica y a la afirmación de un comportamiento lúdico-constructivo que la opone en todos los aspectos a las nociones clásicas de viaje y de paseo. Una o varias personas que se entregan a la deriva renuncian durante un tiempo más o menos largo a las motivaciones normales para desplazarse o actuar en sus relaciones, trabajos y entretenimientos para dejarse llevar por las sollicitaciones del terreno y por los encuentros que a él corresponden. La parte aleatoria es menos determinante de lo que se cree: desde el punto de vista de la deriva, existe en las ciudades un relieve psicogeográfico, con corrientes constantes, puntos fijos y remolinos que hacen difícil el acceso o la salida de ciertas zonas. Pero la deriva, en su carácter unitario, comprende ese dejarse llevar y su contradicción necesaria: el dominio de las variables psicogeográficas mediante el conocimiento y el cálculo de posibilidades (...) (Dabord, 1999: 56).

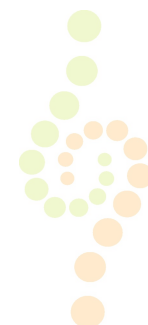
Es otra deriva esta vez. Ya no la del paseante a cuyos pies se abre la ciudad. En este caso, el cuerpo animal es reemplazado por la máquina de tracción animal. Aquí, la deriva no es el procedimiento medular, pero la dinámica propia de esta acción adquiere por momentos prolongados el carácter de deriva. En sus comienzos esta acción no demarcaba un trayecto determinado, lo que aumentaba los problemas con el tráfico automotriz que se veía sobrepasado por este flujo interminable de ciclistas. Ese era el propósito: interrumpir, cortar el tráfico habitual del medio de transporte hegemónico, para contra-poner la emergencia de este otro medio. El nombre de “furiosos” es elocuente en este sentido. Había que llamar la atención de los medios de comunicación, y esta radicalidad cumplía su fin. Con el tiempo, como se ha dicho, para no desviar la atención del asunto del discurso, los Ciclistas furiosos aceptaron ser “acompañados” por una comitiva de policías motorizados (lo que es una ironía en sí) y enviar con antelación, a las autoridades del caso, la ruta que seguirían. Esto a un nivel formal, porque lo cierto es que la acción se va desarrollando en una dinámica muy autónoma, en la que suele ocurrir que esta trayectoria es ligeramente modificada por los guías de la horda de ciclistas. Este desvío o desvarío juega en la lógica de una indeterminación propia de la deriva y funciona como resistencia a los intentos de disciplinar la marea. No es necesariamente planificada o programada. Hay algo que sucede con este movimiento de flujo constante que va generando su propia dinámica. En efecto, tal vez esa es la característica más notoria de esta performance, su modo de funcionamiento que se asemeja a un fenómeno que Turner rescató de la psicología para explicar la experiencia de una performance, la idea de *flujo (flow)*.

Introducida por Mihaly Csikszentmihalyi (1975), la experiencia de flujo es propia de algunas actividades cuya motivación no proviene de estímulos externos como incentivos o premios, sino de la actividad misma, su finalidad está en su propia ejecución: los juegos, el baile, son ejemplo de ellos. Por esta razón la psicología las denomina actividades autotélicas, es decir, que tienen una finalidad en su propia ejecución. En la experiencia de flujo el sujeto está completamente implicado por la actividad, a pesar de las constantes variaciones que ella presente. No hay tiempo para aburrirse o preocuparse sobre lo que pueda o no estar pasando (Csikszentmihalyi, 1975: 36). Este actuar en completa implicación con lo que se hace supone: “la fusión de la acción y la conciencia. Una persona en flujo no tiene una perspectiva dualística: él es consciente de sus acciones pero no es consciente de sí mismo” (Csikszentmihalyi, 1975:



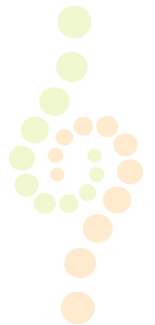
38). Esta es, quizá, la más significativa característica de la experiencia de flujo, una disolución del sujeto en la actividad, una trascendencia de la individualidad. La marea de ciclista actúa entonces como un conjunto compacto constituyendo una suerte de comunidad artificial en tránsito. Los ciclistas se desplazan por las calles subvirtiendo los modos hegemónicos del desplazamiento urbano dominados por una lógica de la eficacia y la productividad. La norma de tránsito, que se estipula también por seguridad, ahora se devela como una política de la movilidad que reparte roles y espacios y jerarquiza comportamientos según un criterio de funcionalidad. Contrariamente a este esquematismo urbano, el flujo de ciclistas altera el programa previo generando una regla de juego cada vez en el propio suceder del circuito como si de una dinámica autopoiética se tratara. Una alteración de la norma que implica una nueva posibilidad de relación con la ciudad. Cabe destacar que la acción se desarrolla a la hora de mayor tráfico vehicular. Mientras se sucede la acción, se suspende el orden normal de la ciudad, los autos se detienen, los peatones se detienen y la bicicleta toma la calle. En esta suspensión es posible encontrar una producción de liminalidad, donde cada participante, activo como el ciclista o pasivo y expectante como el peatón o el motorizado, suspenden la lógica normal de la calle y suspenden las jerarquías de esa lógica. Desaparecen las reglas que en lo cotidiano rigen el tránsito en la ciudad, como los semáforos o los pasos peatonales. En definitiva, mediante esta performance móvil se va produciendo un proceso de alteración, una modificación transitoria del espacio público, en la que éste aparece como otro posible. De este modo la experiencia de flujo puede entenderse como dispositivo crítico del disciplinamiento subjetivo que reduce nuestro comportamiento a un esquema conductual operante en el que la promesa del incentivo es más importante que la vivencia de la actividad, que el sentido de la misma, lo que es muy propio del capitalismo que entiende la vida humana como trabajo y la vida social como contexto funcional de aquello. Pensada como flujo la “cicletada del primer martes de cada mes”, se nos aparece como una performance de disidencia contra el imperativo de habitar instrumentalmente la ciudad. Por esto la metáfora de la horda o la plaga son oportunas para comprender el impacto que tiene esta acción dentro de la ciudad. Una plaga de bichos rodantes que viene a contagiar a una ciudad entera con esta acción disruptiva.

En este punto es que la acción del corte de tránsito resulta ser la acción de mayor rendimiento crítico. ¿Qué significa *cortar el tránsito*? Fracturar el continuum de la circulación pone en evidencia que éste se ha constituido exclusivamente desde una razón instrumental, en la que la capitalización del tiempo genera una nueva forma de explotación y brecha de clase. A mayor riqueza mayor rapidez, más rápido estamos de regreso en nuestra casa. La precarización del trabajador contemporáneo consiste también en la obligada inversión de tiempo que debe destinar para desplazarse dentro de la ciudad. El excesivo tiempo que requiere para volver del trabajo implica una pérdida de su tiempo libre. El tiempo libre fue nombrado por los antiguos filósofos como ocio (*scholé*), el privilegio de los ciudadanos según Aristóteles, porque era la garantía para dedicarse a la vida pública, a la cosa pública. La existencia de tiempo libre permitió el desarrollo de la ciudad y la construcción de un modo de vida en el que los espacios públicos cobraban valor: ir al cine, tomarse un café, asistir al teatro o escuchar un concierto no son lujos de la vida urbana, más bien su condición, pues es en ese habitar en que el sujeto individual deviene sujeto político. Hanna Arendt denominó a aquello acción para contraponerla a la labor y al trabajo. La acción es libre e incondicionada, es la práctica de la discusión y de la imaginación en el espacio público.



El corte de tránsito que genera la “cicletada del primer martes de cada mes” precisamente se diferencia de aquella que realiza la insurgencia o la guerrilla. Es un corte sin razón, indeterminado, no violento, es decir ante el cual uno como automovilista simplemente debe renunciar, parar el motor y esperar hasta que el último de esa horda cruce delante de nuestro parabrisas. Tal vez prender la radio, conversar con el acompañante mirándolo a los ojos. Tal vez, leer ese libro que he bajado de mi e-boock o simplemente estar un rato compartiendo o contagiándose con la experiencia flujo de la cicletada. Ese tiempo de espera obligada, es al mismo tiempo una suerte de artificio de tiempo libre, de tiempo recuperado. La acción de corte tránsito es pues una *recuperación de la duración*, aquello que el capitalismo contemporáneo también nos ha despojado.

Pero hay algo más. Algo que se sintomatiza cuando la lógica de flujo se constituye en acción ciudadana. Pues en esa inconciencia de sí mismo, en esa anulación del yo que es la experiencia del flujo, en esa transformación del individuo en horda se encuentra también un peligro. Esta horda, que como una plaga decíamos, está dispuesta a pasar por sobre los demás, a obligar a otros a entrar en su lógica sin consentimiento. Si hay algo que interrumpe esta cicletada son también los derechos de los otros y en ese sentido hace del estado de excepción la condición de lo político, repartiendo los roles sacrificiales entre los iguales: los ciclistas y los enemigos: peatones y motorizados. Hay algo de lo que la “furia” de los furiosos ciclistas es expresión, algo que retorna como el hambre: un estado de malestar ante el cual podemos llegar a actuar incluso suprimiendo los derechos de los demás ciudadanos.



Bibliografía citada

BAUDELAIRE, Charles (1999); “El pintor de la vida moderna”, en *Salones y otros escritos sobre arte*, Visor, Madrid.

BENJAMIN, Walter (2008); *El narrador*, Metales Pesados, Santiago.

CSIKSZENTMIHALYI, Mihaly (1975); *Beyond, boredom and anxiety*, Jossey-Bas Publishers, San Francisco.

DABORD, Guy (1999); “Teoría de la deriva (1958)”, en: *Internacional situacionista, vol. I: La realización del arte*, Literatura Gris, Madrid.

LYOTARD, Jean-Francois (1998); *Lo inhumano*, Manantial, Buenos Aires.

ROJAS Sergio (2012); *El arte agotado*, Sangría, Santiago.

SITIO WEB DE MOVIMIENTO FURIOSOS CICLISTAS (2014); Disponible en: <http://www.furiosos.cl/cicletada-primer-martes/2014-2/febrero-2014/>. Fecha de consulta, 15/11/2014.

TAYLOR, Diana (2012); *Performance*, Asunto impreso, Buenos Aires.

VIRILIO, Paul (2006); *Velocidad y política*, La Marca, Buenos Aires.

